

ALEJANDRO

(Anonadado.) ¡Oh, qué desdicha!

DIÓSCORO

¡Es horrible!

ALEJANDRO

¿Y por qué no vino á mi casa?

PÁNFILO

Se equivocó de piso, y llamó á mi puerta.

ALEJANDRO

¿Y qué te dijo?

PÁNFILO

Con frase incoherente, echó pestes contra ti. Del barullo de sus ideas, saqué en limpio esta pretensión: que le entregues, en concepto de gananciales, la mitad de lo que has heredado de tu hermano.

DIÓSCORO

(Irritado.) Eso no puede ser. ¡Qué desatino!

ALEJANDRO

Pues eso me faltaba...

PÁNFILO

No te apures, Alejandro; afortunadamente, tus intereses están ya en manos del prudente

Dióscoro; es decir, en las bien guardadas cajas de nuestra Filantrópica. Ya que no hemos podido labrar tu felicidad casándote con la bella Protasia, seremos fieles custodios de tu capital. Yo poseo, gracias á Dios, todas las cualidades de que tú careces: la previsión, el método, el orden. Yo todo lo había previsto; la venida de esta fiera con objeto de aburrirte y espoliar-te. Impuesto tu dinero en nuestra Sociedad, Dióscoro te dará un lucido dividendo para tus gastos personales...

DIÓSCORO

Te sujetaremos, señor manirroto, á un plan metódico y dietético.

ALEJANDRO

(Malhumorado, resignándose.) Está bien... muy bien... yo...

DIÓSCORO

Iremos anotándote...

PÁNFILO

(Sacando un libro.) Oye, fijate. En este libro te abro tu cuenta corriente. Aquí los ingresos, aquí los gastos. Antes de gastar una cantidad, me pides consejo; yo te diré si debes hacer ese dispendio, ó si debes evitarlo. En el primer caso, aunque se trate de una corta suma, yo cuidaré

de anotarlo en tu Debe; en cuanto á los ingresos, iré apuntándote las cantidades que Díoscoro te dé por el cupón de la Filantrópica.

DIOSCORO

Eres un hombre tan distraído y atolondrado, que no podemos dejarte solo.

PÁNFILO

Careces en absoluto de la preciosa cualidad que denominamos previsión. Yo preveré por ti; yo guiaré tus pasos; yo te señalaré la hora á que debes acostarte y levantarte, la extensión que has de dar á tus paseos, ni un metro más ni un metro menos, cada día; las amistades que debes frecuentar...; mucho cuidado con esto; los platos que has de poner en tu mesa, y que yo vigilaré para que no te haga daño la comida; la ropa, las visitas...

DIOSCORO

Eso, eso; cerrar la puerta á los pedigüenos y gorriones.

ALEJANDRO

(Apartándose de ellos se lleva las manos á la cabeza, significando su desesperación y queriendo disimularla.) Está muy bien, amigos; fijadme también los bostezos, estornudos y otros desahogos de aburrimiento que puedo permitirme cada día.

DÍOSCORO

Pero ¿tienes algo que oponer á nuestra desinteresada protección?

PÁNFILO

Te aseguramos una existencia tranquila y decorosa.

ALEJANDRO

(En el colmo de la irritabilidad nerviosa.) ¡Ah! Ya tenemos aquí á la fiera conducida por Hiperbolos. ¡Dios sea conmigo!

ESCENA X

LOS MISMOS. — CALIXTA, TEÓFILA, BASILIO, HIPERBOLOS, HELENA; después ATENAIDA y PROTASIA.

CALIXTA

(Presurosa.) Aquí viene. A mí me arañó esta mano.

TEÓFILA

Y á mí me quiso morder.

DÍOSCORO

(A Basilio.) Tú, mientras esté aquí doña Helena que no pase nadie. (Vase Basilio. Entra Hiperbolos, trayendo cogida del brazo á Helena. Esta es desgarrada, mal vestida, revelando en su figura y empaque su estado mental. Su mirada es siniestra, y su rostro barbado y tostado por el sol.)

HIPERBOLOS

(En estilo campanudo, con pretensiones oratorias.) Aquí tienes, ¡oh Alejandro!, á tu cara mitad. Acógela con benignidad ya que no con amor, y procura que tus palabras no sean acicate de su demencia, sino antes bien, bálsamo que la suavice y atenúe.

ALEJANDRO

¡Oh cara esposa! Quien te vió tierna y apacible, ahora te ve repulsiva, iracunda.

HELENA

(Que desde que entró está como el toro al salir del toril, mirando á todos, dudando á quién embestir primero. Al distinguir á su marido, que se ha retirado hacia la izquierda, corre hacia él furiosa y amenazante.) Ya te veo, pillastre, mal hombre, harto de vicios, que me has abandonado... (Intenta clavarle las uñas en la cara.)

ALEJANDRO

(Defendiéndose.) Por Dios, Helena, repórtate; no me trates así; yo deseo tu bien. (Hiperbolos y las niñas acuden á sujetar á Helena. Aparece Atenaida por el palacio, trayendo á Protasia abrazada por la cintura; éstas se mantienen en discreta expectación.)

HIPERBOLOS

Noble señora, Alejandro y todos los presentes os creímos anegada en la eterna sombra.

HELENA

De la eterna sombra me sacó Dios, para que pueda venir á pedir cuentas á este miserable.

ALEJANDRO

(Con donosa ironía.) Helena, encanto mío, halago de mis días venturosos, rosa temprana; dame tu delicado aroma y guarda tus espinas. (Atenaida con Protasia bajan al proscenio, y se unen á las dos niñas que sujetan á Helena.)

HELENA

Dejadme, soltadme; quiero castigar á ese bandido que me abandonó... Las olas me vomitaron sobre una playa desierta... ¡Ay! En aquellas agnias olvidé mi nombre...; dije que me llamaba Diana, y que mi marido iría en globo á buscarme. Yo miraba al cielo esperando á este tunante, pero el globo no parecía. (Fijándose en Atenaida.) ¡Ah! ya te conozco, embaucadora; no recuerdo tu nombre; lo que sí recuerdo bien es que Alejandro te amó. Durante mi ausencia te has amancebado con mi marido.

ATENAIDA

Señora, ¿qué dice usted?

DIÓSCORO

No la contradigas.

HIPERBOLOS

Asintamos á cuantos disparates diga.

HELENA

(Alelada, mirando en derredor.) ¡Cosa más rara! Por ninguna parte veo al opulento cubano, doctor Nadir, que me trajo desde Tampa...; hombre tan bondadoso, que parece un ángel... En el vapor le vi... ¿Dónde estará?

DIOSCORO

¿Qué dice? (Todos se miran atónitos.)

HIPERBOLOS

No hagáis caso. En esa cabeza no hay una chispa de discernimiento.

ALEJANDRO

(Confuso.) ¿Qué doctor será ese?

PÁNFILO

Debemos recluirla inmediatamente en el sanatorio de Madame de la Pílongue, muy cerca de aquí.

HELENA

Estoy fatigada, quiero descansar.

TEÓFILA

Venga usted á casa, señora.

HIPERBOLOS

El sueño es pausa reparadora en el tormento de las almas.

HELENA

(Medrosa.) ¿Pero esta casa es segura? ¿No habrá en ella... animales dañinos ó materias explosivas?

PROTASIA

Lástima que mis grillos no fueran caimanes ó panteras.

HIPERBOLOS

Explosiones hay, señora, pero son de caridad, de amor al prójimo. Venga usted tranquila. (La llevan hacia la casa; delante va Calixta; sigue Helena conducida del brazo por Hiperbolos y Teófila. Protasia se dirige al cenador, donde está Alejandro sentado, los codos apoyados en la mesa y las manos en la frente.)

HELENA

(Balbuciente, extraviados los ojos.) Nadir, doctor mío, ¿dónde estás? (Sigue hacia la casa.)

PÁNFILO

Llevala con cuidado. Voy yo también con vosotras. (Entran en el palacio.)

ESCENA XI

DIÓSCORO y ATENAIDA, en el proscenio; ALEJANDRO y PROTASIA, en el cenador.

ATENAIDA

Ya dejé en la secretaria la nota de las cantidades sumadas.

DIÓSCORO

Está bien.

ATENAIDA

Y aquí está la traducción de la carta en inglés que usted me dió.

DIÓSCORO

¡Ah! ¿Qué dice? Léenosla. Alejandro, ven.

ATENAIDA

Después de lo que ya saben ustedes, la única advertencia interesante es que cuando la sedación se manifiesta en la enferma, sus instintos homicidas se truecan en monomanía suicida.

DIÓSCORO

¿Y quién firma?

ATENAIDA

Ene.

ALEJANDRO

¿Y quién es ene?

ATENAIDA

Tú sabrás.

DIÓSCORO

¡Qué laberinto! ¡Qué confusión nos ha traído esa mujer!

ESCENA XII

LOS MISMOS. —PÁNFILO é HIPERBOLOS, que salen de la casa; después BASILIO.

PÁNFILO

Ahora está tranquila.

DIÓSCORO

Pues aprovechad esta ocasión, y pongámosla sin demora en manos de Madame de la Pilongue, la gran profesora de Psiquiatría.

ALEJANDRO

Pronto, pronto.

PÁNFILO

Yo me encargo del transporte de la fierecilla. La sacaremos por el patio de las cocheras. (Óyese el silbato de un automóvil, que se detiene en la puerta del jardín.) ¿Quién viene?

DIÓSCORO

Ya he dicho á Basilio que no recibo á nadie.

BASILIO

(Presuroso, por el foro.) Señor, el automóvil del Presidente del Consejo.

DIOSCORO

¿Pero es él?

BASILIO

No; es el Secretario... Trae para usted esta carta urgentísima.

DIOSCORO

(Cogiendo el papel.) ¿Y se ha ido?

BASILIO

No, señor; dice que viene á llevarsele á usted.

HIPERBOLOS

¡Crisis! Se ha confirmado el rumor de esta mañana.

DIOSCORO

(Leyendo rápidamente la carta.) Me llaman para consultarme.

PÁNFILO

Naturalmente, como jefe que eres de la fracción Dioscórida en el Parlamento. Vete pronto.

DIOSCORO

¿Vienes tú?

PÁNFILO

No; yo me quedo para conducir á Helena...

DIOSCORO

Atenaida: mi sombrero, mi bastón; hazme el favor... (Entra Atenaida en el palacio rápidamente; Protasia trata de irse también, asida á la falda de Atenaida.) Protasia, ven; óyeme. (Cogiendo de la mano á su hija.) Fíjate en lo que te digo. Mientras yo esté ausente, entretienes á Alejandro; dile palabras cariñosas, y... ten cuidado de que no se te escape alguna tontería. (Vuelve Atenaida con el sombrero y el bastón.) Tú, Hiperbolos, quédate aquí, y que cuando yo vuelva no esté en mi casa esa mujer.

HIPERBOLOS

Hoy no se sabrá nada; la crisis será laboriosa; hay muchas ambiciones, pero la fracción Dioscórida es la más fuerte.

DIOSCORO

Aquí nos veremos luego. (Vase por el foro.)

PÁNFILO

(Muy zalamero.) Atenaidita, primorosa maestra, no te me muevas de aquí, que tengo que hablar contigo y esta es la mejor ocasión... (Vase con Hiperbolos por el palacio.)

ESCENA XIII

ATENAIDA, ALEJANDRO, PROTASIA

PROTASIA

Pues no da poco que hacer esa fantasma.
¡Qué bien nos vendría que se suicidara ella
misma!

ATENAIDA

Protasia, ¿por qué no vas á ver si se la llevan
ya?

PROTASIA

Déjame aquí.

ATENAIDA

Haz lo que te mando. Ya me parece que salen.
Vete á ver...

PROTASIA

(De mala gana.) Voy corriendo. (Vase por el foro
derecha.)

ATENAIDA

Alejandro, ¿estás contento? ¿Te satisface la
situación en que te han puesto tus amigos los
espíritus burlones?

ALEJANDRO

(Confuso y caviloso.) No sé qué decirte; ilumí-
name tú, amiga del alma.

ATENAIDA

¿Que yo te ilumine? Pues óyeme. Te encuen-
tras amenazado por tres figuras monstruosas.
La fiera menos temible es tu pobre mujer. Los
monstruos que han de devorarte son: el Coco-
drilo de insaciable voracidad...

ALEJANDRO

Dióscoro.

ATENAIDA

Y el Rinoceronte de la previsión, que con sus
armas formidables te vencen, te subyugan, y
apoderándose de tu riqueza, quieren hacer de ti
un ser abúlico, un maniquí. (Óyese el ruido del
ventarrón, que comienza suavemente.)

ALEJANDRO

No, eso no será.

ATENAIDA

Pues para que no sea, para que recobres tu
albedrío, acógete al fuero de la Razón y la
Verdad.

ALEJANDRO

No me pidas que vuelva al terreno que aban-
doné, escarmentado por crueles y reiteradas des-
dichas. Se ha metido en mi cerebro la idea de
que el mundo actual está gobernado por la in-